

Oriente frente a Occidente

Los 10 episodios clave de
la historia Antigua y Medieval

DAVID BARRERAS Y CRISTINA DURÁN



Colección: Historia Incógnita

Título: *Oriente frente a Occidente: Los 10 episodios clave de la historia Antigua y Medieval*

Autor: © David Barreras y Cristina Durán

Copyright de la presente edición: © 2021 Ediciones Nowtilus, S.L.

Camino de los Vinateros, 40, local 90, 28030 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Efimero Estudio (www.efimeroestudio.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-1305-203-8

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-1305-204-5

ISBN edición digital: 978-84-1305-205-2

Fecha de edición: mayo de 2021

Impreso en España

Imprime: Tórculo Comunicación Gráfica S.A.

Depósito legal: M-8816-2021

*A nuestra pequeña fotógrafa y «arqueóloga», Athenea Barreras Durán, que no teme a las alturas del graderío del teatro de Epidauros, ni le importa la profundidad del canal de Corinto, ni tampoco la frena lo más mínimo el fuerte viento en su ascenso a la Acrópolis de Micenas.
¡Que nunca nada te pare!*

Índice

Prefacio	13
Capítulo 1. Del Bronce al Hierro: ¿qué perdió la Humanidad a lo largo de este tortuoso camino?	15
Marco histórico.....	15
¿Qué perdió la Humanidad a lo largo del tortuoso camino que supuso el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro?	27
Conclusión	35
Capítulo 2. Hoplitas griegos: ¿milicia campesina o soldados profesionales?	51
Marco histórico.....	51
Hoplitas griegos, ¿milicia campesina o soldados profesionales?....	61
Conclusión	71
Capítulo 3. La gran civilización griega: ¿por qué Grecia nunca constituyó un imperio (estable)?	87
Marco histórico.....	87

¿Por qué Grecia nunca constituyó un imperio (estable)?	96
Conclusión	112
Capítulo 4. La pequeña Macedonia de Alejandro Magno: ¿cómo un insignificante y periférico reino logró someter a un inmenso y poderoso imperio como el persa?	123
Marco histórico	123
¿Cómo un insignificante y periférico reino logró someter a un inmenso y poderoso imperio como el persa?	138
Conclusión	155
Capítulo 5. El hundimiento del Imperio romano: ¿cuándo y cómo cayó Roma?	167
Marco histórico	167
¿Cuándo y cómo cayó Roma?	188
Conclusión	207
Capítulo 6. El Imperio bizantino: ¿por qué resistió el Imperio romano de Oriente mientras el de Occidente languidecía?	223
Marco histórico	223
¿Por qué resistió el Imperio romano de Oriente mientras el de Occidente languidecía?	240
Conclusión	249
Capítulo 7. Bárbaros germánicos: ¿cómo un grupo étnico desunido y menos avanzado que Roma acabaría constituyendo el germen de los Estados europeos actuales?	263
Marco histórico	263
¿Cómo un grupo étnico desunido y menos avanzado que Roma acabaría constituyendo el germen de los Estados europeos actuales?	275
Conclusión	292
Capítulo 8. Las Cruzadas: ¿fervor religioso u oportunismo político? ...	309
Marco histórico	309

¿Fervor religioso u oportunismo político?	324
Conclusión	340
Capítulo 9. Cátaros: ¿nueva religión o herejía cristiana?.....	361
Marco histórico.....	361
¿Nueva religión o herejía cristiana?	379
Conclusión	396
Capítulo 10. La Corona de Aragón: ¿qué llevó a Aragón a salvarse de su desaparición para hacerse dueño del Mediterráneo?	415
Marco histórico.....	415
¿Qué llevó a Aragón a salvarse de su desaparición para hacerse dueño del Mediterráneo?	429
Conclusión	445
Bibliografía.....	471

Prefacio

Todo empezó un buen día de trabajo, durante una de las frecuentes e interesantísimas «tertulias del café», siempre improvisadas, que son las mejores, en la que uno de mis alumnos en prácticas, Paco, llegó a afirmar algo más o menos así: «se debería escribir un libro de Historia que contuviera los principales enigmas del pasado». A raíz de esta propuesta ambos estuvimos de acuerdo en que el punto de partida debería ser, en cualquier caso, la Edad del Bronce, cuando comienza la Historia propiamente dicha (¡con el permiso de la Prehistoria!), con el siguiente enigma asociado: ¿qué perdió la Humanidad con el paso del Bronce al Hierro? Aunque pronto chocaron al respecto nuestros distintos puntos de vista. Para él se perdió mucho entonces, tanto que ni siquiera sabemos qué (¡el ímpetu juvenil!). Para mí esta postura resulta un tanto cómoda, pues es muy fácil afirmar que mucho se perdió, cuando todo lo que digamos al respecto es mera especulación, puesto que algo que ha caído en el olvido jamás sabremos si realmente tuvo lugar. En mi humilde opinión, poco o nada se extravió en aquel pasado remoto realmente, pues somos herederos directos de aquella civilización europea del Bronce que ahora llamamos micénica.

En cualquier caso, sea como sea, la cuestión es que desde aquel día mi cabeza empezó a darle vueltas a la idea, que a mi entender era, por cierto, muy buena... ¡bendito café! Empezando por el Bronce europeo el siguiente paso lógico era la antigua civilización griega. Ese debería ser el siguiente «capítulo» de nuestros «enigmas». Pero resulta que cuando

mi coautora, Cristina, y yo llevábamos ya una larga lista de enigmas susceptibles de ser tratados, todos de la Antigüedad (su especialidad) y el Medioevo (la mía), nos dimos cuenta de que la mayor parte de ellos se sucedían ininterrumpidamente a lo largo de una línea temporal y, a su vez, todos estos tenían un denominador común: el constante intento de las sucesivas civilizaciones occidentales por conquistar oriente. Inmediatamente decidimos que esos precisamente eran los enigmas sobre los que queríamos escribir, descartando por lo tanto los demás. Fruto de ello finalmente tuvimos una lista de diez capítulos, o enigmas, a lo largo de la cual encajaban, por orden temporal y con carácter ininterrumpido, el Bronce micénico, la antigua Grecia y su brazo armado, es decir, los hoplitas, Macedonia, Roma, Bizancio, los pueblos germánicos y sus posteriores reinos medievales, las cruzadas a oriente, las herejías medievales y la gestación de todo un imperio bajomedieval como es el caso de la Corona de Aragón. Fue, por lo tanto, sobre este índice con el que empezamos a trabajar, fruto del cual se ha completado esta obra con diez de los grandes enigmas de la Historia Antigua y Medieval.

David Barreras, 12 de enero de 2021.

Capítulo 1

Del Bronce al Hierro: ¿qué perdió la Humanidad a lo largo de este tortuoso camino?

MARCO HISTÓRICO

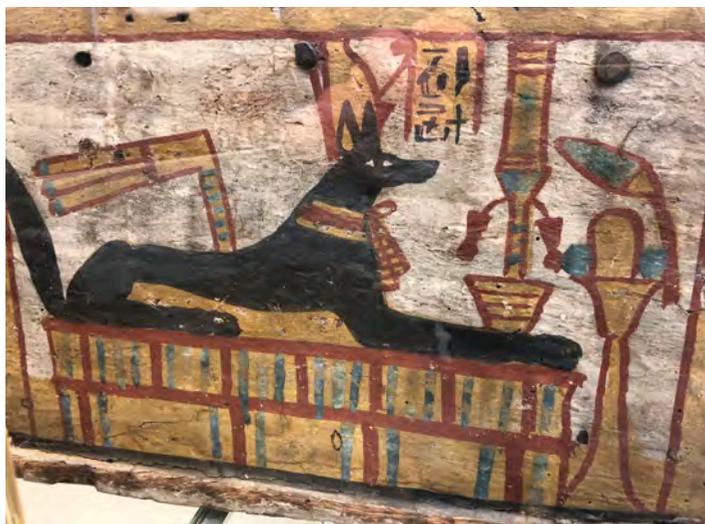
Una vez ya superada la Prehistoria, en los albores de la Historia, un metal precioso imperaba en los campos de batalla donde combatían los guerreros de las primeras civilizaciones. Es por ello que en Asia Menor, en Mesopotamia, en Egipto y hasta en el área del Egeo, se hacía la guerra con armas de bronce, una aleación de cobre y estaño que constituía un bien escaso.

Así fue como, entre aproximadamente los años 3000 y 1200 a. C., en torno a este metal giró la prosperidad de los diferentes imperios y culturas que dominaron las regiones geográficas a las que hemos hecho alusión en el párrafo anterior, ya que de esta preciada fundición dependía en buena medida el poderío económico y la fuerza de combate de las superpotencias de la Edad del Bronce. Sería esta también, a su nivel, una época con un marcado carácter globalizado, donde los intercambios comerciales y culturales eran frecuentes, con un mar Mediterráneo que servía para conectar a las diferentes culturas.

Hacia el final del periodo conocido como «Edad del Bronce», el Egipto faraónico, el Imperio hitita, Troya o la Grecia micénica, se encontraban en el cenit de su poder cuando, de forma repentina, todos fueron borrados de la Historia con sorprendente rapidez, a excepción

del primero de ellos, que logró sobrevivir con no pocas dificultades. Precisamente el Imperio Nuevo egipcio nos ha legado la que constituye nuestra principal fuente de la época, que aporta algo de «luz» al respecto, dado que el nivel de destrucción del resto de civilizaciones del Bronce Final alcanzó un nivel tal que poca información escrita hemos heredado.

Los textos egipcios de este periodo nos hablan de unos misteriosos invasores, a los que denominan «Pueblos del Mar», que fueron los causantes de las oleadas de destrucción que pusieron en jaque la estabilidad de la tierra de faraones y que terminaron, a su vez, con el resto de los imperios del Bronce. Concretamente son los escritos de los reinados de Mineptah y Ramsés III, hacia finales del siglo XIII a. C., los que hacen alusión a unos invasores «procedentes de las islas de en medio del mar». Pero... ¿a qué islas y a qué mar se refieren las crónicas egipcias? Sabemos bien poco de esto como para llegar a una respuesta concreta. Conocemos que, entre finales del siglo XIII a. C. y principios del XII a. C., tuvo lugar un amplio movimiento de invasiones de una serie de pueblos de dudoso origen. Acaso casi lo único que conocemos de ellos lo aportan, como ya bien sabemos, sus contemporáneos egipcios. Este fenómeno migratorio



Sarcófago egipcio decorado con una imagen de Anubis (Museo del Cincuentenario, Bruselas, Bélgica). El dios Anubis estaba asociado al profundo culto a la muerte desarrollado por la civilización egipcia. Representado con forma de chacal, como en la fotografía, o con cuerpo humano y cabeza de este cánido, era la divinidad que supuestamente había transmitido a los nilotas el ancestral arte de la momificación.

provocó, en palabras de J. Alvar (1989), la desaparición del equilibrio político y de la estabilidad económica en el Mediterráneo oriental, es decir, de todas y cada una de las grandes civilizaciones mencionadas anteriormente. De esta forma, los Pueblos del Mar son responsables de la ruptura de la organización territorial del área geográfica descrita, durante el Bronce Final, así como de la aparición de nuevas estructuras estatales que ocuparán el nicho dejado libre por las anteriores, ya enmarcadas en un nuevo periodo histórico, denominado «Edad del Hierro», por ser este el nuevo metal usado a la hora de fabricar herramientas y armas. Con ello los seres humanos pasaron de emplear caros útiles de bronce a manejar utensilios de hierro, un metal más fácil de obtener y de fundir, a la vez que más resistente y versátil, por lo que otorgaba una superioridad manifiesta en el campo de batalla.

Unos tres siglos antes del colapso, en torno al año 1500 a. C., ya en el Bronce Final, la situación geopolítica en el Mediterráneo oriental era la que describiremos a continuación.

Por esos años en el valle del Nilo aparecía el denominado Imperio Nuevo, tras tener lugar la reunificación del Alto y el Bajo Egipto. Los nuevos faraones se sintieron con fuerza suficiente como para tratar a partir de entonces de ir más allá de su propio territorio, alejando con ello el peligro de su centro de poder con el objeto de defenderse mejor de una posible agresión exterior. Esto ya había sucedido anteriormente con los hicsos, procedentes de Oriente Próximo, la vía de entrada más probable para las invasiones, donde también estaban presentes otras importantes potencias militares, como asirios y babilonios. Es por ello que en esta época Egipto estrechará el cerco sobre las ricas ciudades cananeas de Gaza, Meggido, Damasco, Ugarit o Alepo, cuyo dominio le permitía, además, controlar las principales rutas comerciales marítimas y caravanas de la región. Pero sin duda que salirse de su esfera tradicional de influencia podía reportarle nuevas complicaciones a Egipto, por más que volviera a ser poderoso, dado que de allí procedían, como bien sabemos, la mayoría de sus potenciales rivales, motivo por el cual pronto chocaría con el primero de ellos: el Imperio hitita.

Esta potencia, en ciernes también por entonces, no poseía capacidad naval, por lo que para ella resultaba clave dominar las ciudades costeras de Oriente Próximo, de forma que esto le permitiera abrir una vía marítima de comercio con el Mediterráneo, llevando a sus habitantes a una especie de vasallaje. De esta forma no solamente se servían los hititas de estos territorios satélite para el intercambio de mercancías, sino que también neutralizaban posibles incursiones procedentes del mar, medio al que, como iremos develando, curiosamente parecían temer,

sorprendente dato este, sobre todo si tenemos presente que otro pueblo con el que es muy probable que estuvieran emparentados, es decir, la civilización micénica, a la que nos referiremos en breve, poseía una amplia tradición marinera.

La estrategia defensiva de utilizar «Estados pantalla» para bloquear el contacto directo con posibles invasores, tal y como hemos podido observar en el caso egipcio e hitita, resultaba ser fundamental a la hora de mantener la integridad de los imperios del Bronce.

El Imperio hitita, o país de Hatti, se extendía por buena parte de Anatolia y por la zona norte de Canaán o Palestina, en la nueva área litoral de expansión egipcia, punto en el que ambos se encontraron y donde pronto colisionaron. Hasta allí llegaban también los barcos micénicos, con amplios intereses a su vez en la zona, ya que más al norte poseía las colonias de Mileto y Halicarnaso.

Entra por lo tanto en escena otro Imperio del Bronce, el micénico, que tras el colapso de la anterior civilización hegemónica de la región del Egeo, es decir, los minoicos, pasaron a dominar no solamente la Grecia continental, sino también todas sus islas. Fue probablemente la



Fresco minoico en el Museo Arqueológico de Heraclión, en Creta (Grecia), donde se representa una escena con tres damas que al parecer están danzando. Curiosamente en esta civilización de la Edad del Bronce no abundan las representaciones pictóricas bélicas, sino las de tipo ceremonial, como la de la imagen.

catastrófica erupción del volcán de la isla de Tera o Santorini, también hacia el año 1500 a. C. con el que hemos comenzado esta descripción, lo que acabó con el predominio minoico de los mares y con su propia existencia como civilización.

Es muy probable que la capacidad marinera y guerrera de los micénicos les llevara no solo a mantener estrechas relaciones comerciales con el resto de culturas de Oriente Próximo, tal y como nos muestra la arqueología, con una amplia distribución de la cerámica de origen griego hallada en sus costas. Por lo tanto, pudiera ser que sus barcos recorrieran todo lo largo y ancho del Mediterráneo, fundando colonias y provocando que este mar se convirtiera en una especie de *Mare Nostrum*, un pequeño mundo globalizado para las civilizaciones del Bronce, interconectado por sus aguas a través de esta talasocracia.

En este mar, operaban las grandes naves micénicas de carga, con una capacidad de hasta ciento cincuenta toneladas, como afirma Pilar Pardo (2002), probablemente escoltadas por esbeltos barcos de guerra. Estos últimos eran de hasta treinta y cinco metros de eslora por seis de manga, con altos mástiles de unos doce metros, provistos de velas cuadradas y de unos quinientos remeros, que operarían a máxima capacidad cuando había que entrar en combate y se debía preservar la arboladura. Las proas de estas embarcaciones iban armadas de un espolón para mandar a pique los barcos enemigos o poder barrer sus líneas de remos y que así quedaran inmovilizados. Pero sin duda, el principal objetivo de estas flotas era, más que la labor defensiva descrita, desempeñar una función ofensiva, realizando incursiones en territorios extranjeros con miras a obtener un buen botín. Porque si hay una cosa cierta con respecto a los micénicos es que su sociedad vivía por y para la guerra, al igual que sucedería más tarde con otros pueblos de amplia tradición marinera, tales como los vikingos: grandes navegantes, buenos exploradores, colonizadores, excelentes comerciantes e incluso temidos piratas. Las expediciones de las armadas micénicas extenderían su red de navegación en oriente a través de todas las islas griegas, Anatolia, las costas de levante y Egipto; así como en occidente llegarían al sur de Italia, Sicilia y Cerdeña, presencia que está ampliamente atestiguada por los hallazgos de su cerámica en todos estos lugares. Es por ello que sus vasijas pintadas han sido encontradas en excavaciones arqueológicas ampliamente dispersadas, como las existentes en Sicilia, Cerdeña, la isla de Vivara en la bahía de Nápoles, o incluso en un lugar tan remoto como Montero (Córdoba), en el yacimiento de Llanete de los Moros.

Óscar Martínez García (2015) destaca además el fluido contacto micénico con la Europa central y septentrional, con el fin de obtener

suministros del escaso estaño, necesario para fundir la preciada aleación de bronce, metal que proporcionaba todo el prestigio que poseía su élite militar, al frente de la cual se situaba el wanax, título de los soberanos de las ciudades-Estado griegas de la época, unos auténticos señores de la guerra. Los *wanax* estaban instalados en sus palacios-fortaleza, desde donde controlaban la política y la economía de sus dominios.

Sin duda que las principales rutas comerciales micénicas fueron creadas principalmente para proveerse de estaño, cobre y otros metales, esenciales a la hora de exhibir a sus hordas militares el abolengo de su rango social. Uno de los principales destinos de sus barcos, el Egipto faraónico, recibía de buen grado las manufacturas textiles y los aceites aromáticos griegos, a cambio del preciado cobre, vidrio, maderas nobles, resinas y marfil, empleado este último para la fabricación de los cascos de la aristocracia micénica, protección defensiva que servían de complemento para sus bruñidas y completas armaduras de bronce, similares a la hallada en Dendra.



Casco de colmillos de jabalí. Este elemento de protección poseía en los laterales carrilleras para proteger las orejas y las mejillas y se utilizaba en combinación con una armadura de placas de bronce, similar a la hallada en Dendra, que estaba formada por gorguera, peto, espaldar, hombreras y escarcelas, así como también solían emplearse brazales y grebas.

Los barcos micénicos probablemente desplazarían también hombres para fundar colonias en algunos de los lugares a los que hemos hecho alusión, sobre todo en las costas italianas. Allí encontramos el caso de Scoglio del Tonno, donde la arqueología nos exhibe muestras de ídolos micénicos, o de Apulia, ubicación en la que las sepulturas de cámara, práctica funeraria micénica, constituyen vestigios de su presencia en occidente.

Pero por si lo descrito en los párrafos anteriores no resultara ya de por sí suficiente, todavía poseemos más información relacionada con esta enigmática civilización griega que nos resulta sorprendente, pues se establece un extraño vínculo entre esta y otros enigmáticos pueblos de procedencia no contrastada. Tal es el caso de ejemplos de teóricos pueblos de probable origen micénico, o cuando menos posiblemente emparentados con ellos, etnias casualmente también de tradición naval, que están distribuidos por todo el Mediterráneo en el tránsito del Bronce al Hierro. De esta forma encontramos a los *shardana* de Cerdeña, *shekelesh* de Sicilia, *teresh* del Lacio o *peleset*, *tjeker* y *denyen* de Canaán. Iremos hablando de todos ellos con un mayor detalle a lo largo de este capítulo para descubrir la que acabaron «liando» sus avezados marinos y sobre todo... ¿por qué lo hicieron? Casualmente todos estos representantes, con extraños nombres, son considerados por los antiguos egipcios y por la Historiografía tradicional como Pueblos del Mar.

Avancemos un poco más en el tiempo para situarnos en las proximidades del año 1300 a. C. Por entonces continuaban las disputas entre egipcios e hititas por el control de los puertos de Levante, un litigio que como podemos observar llevaba ya dos largos siglos activo. Para tratar de ponerle fin de una vez por todas, un poderoso faraón egipcio, Ramsés II, decidió a principios del siglo XIII a. C. tomar la ciudad hitita de Kadesh, en el área de Palestina, tan ansiada, como ya sabemos, por ambas potencias. La batalla que tuvo lugar fuera de sus murallas proporcionaría, no

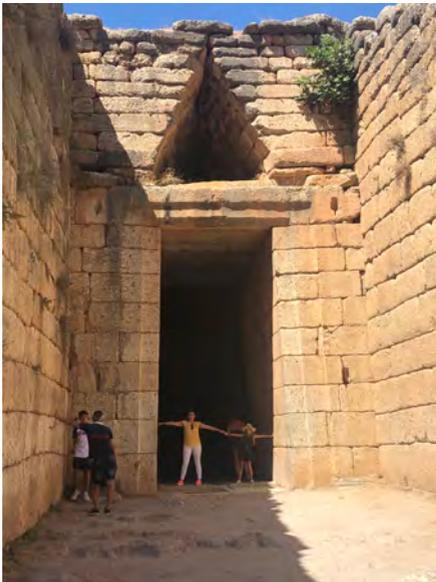


Imagen de la entrada al Tesoro de Atreo, tumba de cámara perteneciente a la necrópolis de Micenas (Grecia). En la fotografía podemos observar lo colosal que podía resultar este tipo de enterramientos si empleamos como referencia a las dos figuras humanas que hay justo en la puerta con los brazos extendidos.

obstante, un resultado dudoso para ambos contendientes y serviría, a su vez, para hacerles comprender que era el momento de firmar una necesaria paz. De esta forma se firmaría el tratado de Kadesh que finalizaría una larga guerra que a ninguno de los contendientes o de las ciudades satélite en litigio beneficiaba.

No era este el único conflicto al que se enfrentaba el país de Hatti, dado que si bien en el oeste había logrado aliarse con Egipto, en cambio en el este se hallaba todavía otro rival, Asiria. Pero, no obstante, egipcios e hititas pronto verían truncado su común sosiego cuando unos misteriosos invitados hicieron acto de presencia en sus tierras, que se verían sometidas entonces a fugaces oleadas de muerte y destrucción. Estas actividades piráticas las sufrirían, además de Hatti y Egipto, las ciudades-Estado micénicas, Chipre, Troya, Hatti, Ugarit y otras ciudades de Levante.

Los centros micénicos estaban constituidos por imponentes fortalezas de piedra conocidas como «ciclópeas», dado el gran tamaño de las losas que las formaban, dentro de las cuales el *wanax* habitaba en su opulento palacio, residencias reales como las de Micenas, Tirinto, Atenas, Pilos, Orcómenos, Yolco, Gla o Crisa. Pero su apariencia inexpugnable no libraría a estas ciudades-Estado de ser destruidas poco antes de que la civilización micénica fuera aniquilada en el tránsito del siglo XIII al XII a. C. Estas murallas no constituyeron obstáculo para los agresores, aun a pesar de que fueron ampliadas y reforzadas hacia la segunda mitad del siglo XIII en Micenas, Tirinto y Atenas, lo que puede sugerir que el peligro se veía venir y que sus habitantes tuvieron tiempo para preparar una mejor defensa. Otras pistas parecen apuntar en el mismo sentido, como la presencia de pasadizos que conducían a cisternas subterráneas que permitirían resistir largos asedios en Micenas y Tirinto. Precisamente estas dos ciudades del Peloponeso antes de su destrucción completa sufrieron hasta tres ataques la primera y ocho la segunda, tal y como atestiguan los daños sufridos por sus murallas ciclópeas.

La destrucción de Pilos, a finales del siglo XIII a. C., en el Peloponeso, nos legó una importante documentación escrita, en lineal B, la lengua usada por los micénicos, pues el incendio de su palacio congeló en el tiempo sus archivos reales en forma de tablillas de arcilla, que fueron sometidas a un proceso de cocción y se conservaron bien, tal y como también sucedió en Ugarit, como podremos ver a continuación. Estas tablillas registraban normalmente durante un año datos referentes a la administración palacial y transcurrido este periodo solían destruirse.

Pero no solamente caerían las opulentas ciudades micénicas, sino que también desaparecerían muchos de los pequeños asentamientos cuya

actividad orbitaba en torno al centro palacial, de modo que en Mesenia se contabiliza la destrucción de ciento treinta y seis aldeas, en la Argólida treinta, en Beocia veinticuatro, veintitrés en Laconia o en el Ática doce. No obstante, algunas fortalezas resistirán las primeras secuencias de ataques, las ya mencionadas Micenas y Tirinto, a las que hay que añadir Atenas. Esta última incluso sobrepasaría el umbral de la Edad del Hierro, pero todas las demás sucumbirán finalmente ante nuevas oleadas de destrucción y se verán sumergidas en el abismo del Bronce Final. Un patrón típico de los ataques sufridos por los centros micénicos sería el padecido por el palacio de Pilos, que tras ser saqueado sería pasto de las llamas, como ya bien conocemos. En este asedio final de Pilos al parecer no debió de haber resistencia por parte de sus habitantes, ya que no se han encontrado restos humanos durante las excavaciones realizadas. Esto nos da una idea del terror que provocaban los misteriosos protagonistas de estos conflictos que acabaron con la Edad del Bronce, siendo una consecuencia de ello el abandono de las ciudades amuralladas atacadas, sin siquiera combatir.



Hacha doble micénica (1250 – 1180 a. C.) en el Museo Arqueológico de Micenas (Grecia). Estas armas de bronce tuvieron una función religiosa a lo largo de la Edad del Bronce, tanto en la cultura minoica como en la micénica. Al parecer el hacha doble o *labrys* está íntimamente relacionada con el sacrificio ceremonial de toros sagrados, al tiempo que este arma es utilizada frecuentemente en la iconografía que representa al dios Hefesto, como por ejemplo en el mito del nacimiento de Atenea.

A pesar de la falta de unidad política de la Grecia micénica, donde se intuye que la principal entidad estatal era la ciudad, la uniformidad cultural que poseía esta es un hecho probado: misma lengua, escritura, religión o costumbres. Con lo cual tras la oleada de destrucción descrita llama la atención que el estilo cerámico deje de ser uniforme y a partir de aquí surjan variantes inexistentes hasta entonces, que dan paso a un nuevo periodo arqueológico. Esta diversidad de piezas cerámicas probablemente se deba a la falta de contactos que a partir de entonces hubo entre los diferentes asentamientos supervivientes y a un retroceso en las comunicaciones.

Al sur de Grecia, en Chipre, podemos hallar por la misma época un panorama similar. Hallazgos arqueológicos recientes en Maa y Pyla sugieren el refuerzo de los lugares estratégicos de la isla, lo que parece conectar los eventos acaecidos en el mar Egeo con los de la Grecia continental. Enkomi, Kition y Sinda, fortalezas chipriotas todas ellas, correrían la misma suerte que los palacios micénicos.

En Anatolia, a la entrada de los Dardanelos, punto estratégico para el control del paso mediterráneo hacia el mar Negro, se hallaba Troya. La arqueología ha puesto de manifiesto que la excavación de los restos de la denominada *Troya VII^e* se corresponden con la ciudad homérica que fue conquistada y destruida por los *aqueos* hacia 1250 a. C. En palabras de Finley, en su obra de 1961 titulada *El Mundo de Odiseo*, la arqueología probablemente nunca podrá confirmar que un tal *Agamenón* capitaneó un contingente de guerreros para recuperar la honra perdida, pero lo importante es saber quién y por qué destruyó Troya, y un posible punto de partida puede ser la *Iliada*, donde queda muy claro que los *aqueos* fueron los causantes, como iremos comprobando a lo largo de este capítulo, a la vez que descubriremos quienes eran estos y qué tenían que ver con el resto de merodeadores conocidos como Pueblos del Mar. Homero describe en la *Iliada* cómo las élites aristocráticas que combatieron iban montadas en ostentosos carros de guerra, arma que a día de hoy sabemos que era usada durante la Edad del Bronce en Oriente Próximo y Egipto, lo que sin duda aporta cierta credibilidad a la narración del poeta de la Grecia arcaica.

Quesada Sanz (2008) destaca en este aspecto el valor historiográfico que también posee la *Odisea*, al reflejar la situación caótica de los Estados micénicos tras la larga ausencia de los príncipes que participaron en la guerra de Troya, lo que vincularía la destrucción de esta ciudad anatólica con la caída de los *wanax* en las ciudades-Estado micénicas.

El mismo destino que Troya correría en Anatolia la capital del Imperio hitita, Hattusa, que también sería incendiada en las postrimerías del siglo XIII a. C. o con las primeras luces del XII a. C. No se librarían tampoco las demás ciudades hititas y todo su grandioso imperio, el auténtico rival



La efectividad del carro de guerra en la Grecia de la Edad del Bronce, cuando nos referimos a su utilización directa en el combate activo, queda en entredicho como consecuencia de su escarpada orografía, tanto de la parte continental como del área insular. No obstante, el carro podía resultar ser un medio de transporte muy útil para trasladar hasta el campo de batalla a la élite aristocracia micénica, cuyos guerreros iban pertrechados con una pesada *panoplia*, de forma que estos pudieran llegar al lugar y descender del vehículo para poder combatir manteniendo intactas todas sus energías. Del mismo modo, el carro de guerra poseía sin duda en Grecia una importante función ceremonial, aportando prestigio a aquellos que lo montaran. En la imagen, fragmentos de cerámica micénica (1180 – 1050 a. C.) que representa a un auriga (museo Arqueológico de Micenas, Grecia).

del poderoso Egipto, que sería completamente borrado del mapa y caería durante centurias en el más completo olvido, hasta que entre el siglo XIX y principios del XX su civilización fuera descubierta. Con ello se ponía también fin a la Edad del Bronce en Asia Menor y el hierro comenzaría a ser el metal que a partir de entonces entraría en sus forjas.

Otro de los satélites costeros del emporio hitita, Ugarit, se aprestaría por entonces a recibir en sus puertos a los mismos saqueadores que asolaron el Mediterráneo oriental, con un resultado similar a los anteriormente

descritos. Fue saqueada e incendiada hacia principios del siglo XII a. C., exactamente lo mismo que debió ocurrir con el resto de aliados de Hatti en este litoral, como Mileto o Tarso. No obstante, en algunos casos, como el de las ciudades fenicias de Biblos, Sidón y Tiro, esto resulta casi imposible de demostrar, debido a lo complicado que es extraer conclusiones de los yacimientos arqueológicos de estos lugares, por hallarse los de unas épocas sobre los de otras, al haber sido ocupados ininterrumpidamente y probablemente reconstruidos, una y otra vez, antes y después de esta catástrofe.

El incendio de Ugarit, de la misma forma que sucedió en Grecia con Pilos, nos proporciona también una excelente fuente documental, al conservarse los textos de sus tablillas de arcilla. En las mismas puede leerse que el soberano de un lugar llamado *Alashiya*, al parecer Chipre, recibe una misiva de su hijo, el rey de Ugarit, Ammurapi, en el que indica el gran daño sufrido por su reino tras sufrir el ataque de siete barcos enemigos, perjuicio padecido como consecuencia de que el grueso de su ejército



La *Iliada* constituye una fuente documental muy a tener en cuenta a la hora de aportar más luz sobre la oscura caída de las civilizaciones del Bronce Final. Las excavaciones de *Troya VII* han demostrado que la ciudad fue destruida hacia mediados siglo XIII a. C., datos arqueológicos estos que si los combinamos con las fuentes homéricas parecen sugerir que la mítica ciudad anatólica fue conquistada por los *aqueos* o micénicos por entonces. En la imagen, figura cerámica con forma de serpiente (1250 – 1180 a. C.) en el Museo Arqueológico de Micenas (Grecia).

estaba prestando apoyo a su aliado hitita, a la vez que la flota se hallaba en aguas de *Lukka*, país de origen de otro de los Pueblos del Mar identificado en ocasiones con Licia, en Asia Menor. Este importante documento nos muestra a las claras que por entonces Ugarit se hallaba en apuros, combatiendo en tres frentes distintos, de forma que una flotilla expedicionaria de solo siete embarcaciones causaba estragos en sus dominios.

Aunque el testimonio escrito más importante en relación a las invasiones de los Pueblos del Mar, como ya hemos comentado anteriormente, no lo hallaremos en Pilos o Ugarit, sino en Egipto, concretamente en los relieves del templo de Medinet Habu, donde se describe la victoria alcanzada en el octavo año del reinado de Ramsés III contra un conglomerado de pueblos invasores que se adentraba ya en el país. Si bien este faraón resistió, tras el reinado de Ramsés II el país del Nilo ya se hallaba sumido en una crisis que a la larga acabaría también con el Imperio Nuevo egipcio, hacia el año 1100 a. C. Sin duda que buena parte de la culpa, a pesar de su derrota, la tendrían estos Pueblos del Mar a los que se hace alusión en los textos egipcios con los siguientes nombres: *shardana*, *lukka*, *ekwesh*, *teresh*, *shekelesh*, *peleset*, *tjeker*, *denyen* o *weshesh*. Los *peleset* o *filisteos* son mencionados a su vez varias veces en la Biblia, otra fuente documental que para nada debemos despreciar, dado la escasez de este tipo de testimonios. Si a todos ellos les añadimos el apelativo aportado por la *Iliada*, es decir los aqueos, ya podemos poner nombre a los causantes de la destrucción de las civilizaciones de la Edad del Bronce. Solamente nos falta ir desvelando quiénes pudieron ser realmente, por qué lo hicieron y qué destruyeron dando fin a estos enigmáticos imperios. Desarrollemos pues en el siguiente apartado de este capítulo todas estas cuestiones.

LA GRAN INCÓGNITA: ¿QUÉ PERDIÓ LA HUMANIDAD A LO LARGO DEL TORTUOSO CAMINO QUE SUPUSO EL PASO DE LA EDAD DEL BRONCE A LA EDAD DEL HIERRO?

Antes que nada se hace estrictamente necesario que realicemos una descripción lo más detallada posible de los conocidos como «Pueblos del Mar», puesto que este conglomerado de supuestas etnias, o cuando menos de misteriosos grupos de merodeadores marinos, fue sin duda alguna la causa principal de la caída de las civilizaciones del Bronce. Otras hipótesis de este hundimiento, como catástrofes naturales, cambios climáticos o hambrunas, por sí solas, sin conectar con el más que probable daño provocado por estas hordas, no pueden explicar la